

El Veinticuatro de Córdoba

De maridos que mataron á sus mujeres por motivo de celos mas o menos justificados, están llenas las historias. Ningún hecho, sin embargo, de los que han dado motivo á esas narraciones y dramas, es tan horrible y trueno como el atribuido á cierto don Juan de Urbina, el cual, «celoso, con justa causa, de su esposa, la embarcó en un bote con toda su familia y domésticos, y luego que estuvieron en alta mar, hizo que todos se ahogasen, incluso un pajarito, á fin de que nadie pudiese referir la afrenta».

Inspirándose en este hecho terrible ó en alguna tradición ó suceso parecido, escribió un copiero, llamado Juan Ruro, cinco romances, en los cuales, con mucha pedantería, prosaísmo y mal gusto, se narra la siguiente historia:

Un D. Fernando, Veinticuatro de Córdoba, valiente, cortes y bien regido, se casó con cierta hermosa dama sevillana, llamada doña Beatriz. Los primeros años de este matrimonio fueron un encanto; pero esta felicidad no fué muy duradera.

Vivían por aquel tiempo—que era el de los Reyes Católicos—en la misma ciudad de los Califas, dos apuestos jóvenes, hermanos del obispo y primos del Veinticuatro, llamados Fernando el uno y Jorge el otro. Viéronse Jorge y Beatriz; habláronse, y de tal manera la pasión inflamó entrambos corazones, que crecidas las ansias del deseo y rotas las trabas á todo respeto, los dos amantes, á hurto del esposo ofendido, pero con gran escándalo de amigos y parientes, hicieron públicos sus delinquentes extravíos.

Ausentose por este tiempo de Córdoba el engañado Veinticuatro, á fin de asistir con su consejo al rey, de quien era muy estimado. Hallábase la corte en Toledo, y allá fué D. Fernando, mostrándosele entonces, por un acontecimiento inesperado, toda la verdad de su desdicha.

D. Jorge, ó á causa de algún grave negocio, ó por disimulo, fué también á Toledo, y después de saludar á su primo, se presentó á besar al rey las manos, llevando en la suya un anillo, que en prenda de amor le había entregado doña Beatriz. Llamóle al rey la atención la alhaja, por ser la misma que él había regalado á D. Fernando; de modo que cuando D. Jorge hubo salido de la régia cámara, llamó el monarca al Veinticuatro, y con tono desabrido le dijo:

—Confuso y maravillado me tienes por dos causas: la primera, que sin orden mía has enajenado el anillo que te di; la otra, el haberme mentido, diciéndome que se lo diste á tu mujer, siendo así que lo trae tu primo. Mejor te estuviera que fueras conmigo más agradecido y menos liberal con Jorge.

Espantado quedó Fernando con lo que oía; pero disimulando, á fin de descubrir sus sospechas, pidió permiso al rey para volverse á Córdoba, y alcanzado aquél, salió de Toledo, revolviendo en su cabeza mil proyectos de venganza.

Mes y medio pasó el agraviado marido encubriendo sus rencores y buscando las pruebas para convencerse de la existencia del adulterio. Un criado, llamado Rodrigo, le dió cuenta de todo, con lo cual esperó el Veinticuatro ocasión oportuna para el cumplimiento de la terrible venganza que proyectaba. No tardó aquélla en presentársele.

Jorge y su hermano Fernando regresaron á Córdoba y el esposo de Beatriz los convidó á un festín en su propia casa. Después de haber comido anunció á sus convidados que en aquel mismo momento partía al monte, donde pasaría cazando cuatro ó cinco días.

Inútil es decir el regocijo con que oyeron la noticia los dos amantes y el placer con que vieron salir por la ancha puerta de la casa solariega los criados, los caballos, los ventores de trailla, los cazadores y, entre todos ellos, el Veinticuatro, tan ufano por de fuera, como sombrío y rencoroso por de dentro.

Quando todo el tropel de cazadores se hubo alejado camino de la sierra, D. Jorge y su hermano se concertaron respectivamente con la dama infiel y su secretaria, á fin de pasar el tiempo de la ausencia del Veinticuatro en amable compañía.

En tanto el esposo, apartado de sus monteros y acompañado de su fiel Rodrigo, esperaba la noche oculto en las fragosidades de la sierra.

Muy avanzada estaba aquélla, cuando D. Fernando, entrando, merced á un portillo, en Córdoba, y llegando á su casa por escondido lugar, penetró en ella y en la sala, donde estaban repartidas las dos parejas en la forma de antemano convenida. Con la espada desnuda y ardiendo en furia, arremetió el indignado esposo contra el robador de su honra y contra su hermano y cómplice, y con fieras estocadas dióles muerte sin dar lugar á la defensa.

En vano suplicaba por su vida, las rodillas por el suelo y bañado en lágrimas el rostro, la secretaria de doña Beatriz. No hubo piedad para ella, ni tampoco para el escudero de D. Jorge: ambos cayeron á los pies de D. Fernando cosidos á puñaladas, cerca del cuerpo de la esposa infiel, la cual yacía sin sentido, poseída del espanto de aquella terrible escena y de su propio temor.

En tanto, todos los servidores, despiertos al ruido y sabida la ocasión del estrépito, andaban por la casa aturridos y alborotados: unos se torcían las manos con desesperación; lanzaban lastimeros ayes otros, y algunos buscaban un escondrijo donde ocultarse. D. Fernando, encendido cada vez en más rabiosa cólera, cargó sobre ellos, y mató desde el mayor al más pequeño.

Quince cadáveres nada menos yacían ensangrentados en los corredores y aposentos de la casa del vengativo Veinticuatro, cuando volviendo de su desmayo doña Beatriz, vió frente á ella, pálido, ensangrentado y con torva catadura, á D. Fernando, no satisfecho aún con tan bárbara matanza.

Tendió los brazos la afligida dama, y con torpes palabras rogó á su esposo, no que la perdonase, sino que la concediese breves momentos para confesar sus pecados. Otorgólo D. Fernando, y bien pronto fué llamado un clérigo, quien oyó y absolvió á la pecadora, é hincándose luego de rodillas, suplicó al esposo, en nombre de Dios y de Jesucristo su Hijo, que perdonase la vida á la arrepentida dama y se contentase para su venganza con los quince muertos.

—Bien habláis, padre—respondió el Veinticuatro.—Vos habláis conforme á vuestro oficio, y yo hago conforme al mio.

Y sin más palabras cortó á cercén el cuello de la esposa, poniendo fin de este modo á su venganza.

Hecho lo cual, fuese á Francia; pero noticioso de todo el rey Fernando, le perdonó, sin que el perdón le fuese pedido, é hizo venir á España al honrado matador.

Si por acaso el Veinticuatro contrajo nuevo matrimonio, de suponer es que su segunda esposa sería más formal que la primera.